

Dos cartas de Haya de la Torre

(De *Bases*, periódico universitario de La Plata, República Argentina)

A los obreros, estudiantes y campesinos del Perú que son colaboradores o simpatizantes de las Universidades Populares
GONZALEZ PRADA.

Londres, Octubre de 1924

COMPAÑEROS:

DE nuevo—con motivo del Centenario de la Batalla de Ayacucho—se pretenderá distraer a nuestro pueblo de sus dolores con fiestas aparatosas y griterías patrioterías. Como en 1921 desfilarán ante los ojos atónitos de los inocentes, embajadas vestidas de colores y soldados o marineros de ejércitos y flotas extranjeras. Se hará creer al pueblo que el mundo entero nos saluda y nos felicita por nuestra bienaventurada libertad de cien años y por la «santa» tiranía que hoy nos domina.

Nosotros, los que constituimos la vanguardia del proletariado, los que luchamos juntos por la formación de una honda conciencia de clase, tenemos el deber de decir al pueblo la verdad, de romper la venda que cubre sus ojos y de revelarle,—justamente en estos momentos de algazara inocente—, toda la falsedad ignominiosa de esas teatrales festividades.

Nosotros debemos decir al pueblo que el significado de «Libertad» que se quiere dar al centenario de la Batalla de Ayacucho, resulta un cruel sarcasmo, porque si nos libramos del dominio político español ha sido para entregarnos a la conquista económica yanqui, si destrozamos el látigo del Virrey ha sido para recibir más sumisamente las azotinas de nuestros tiranos.

Después de la Batalla de Ayacucho, la historia nacional es sólo un cúmulo de indignidades. El Perú republicano, como el Perú colonial, ha vivido bajo el sometimiento más oprobioso, bajo la explotación más cínica de todas aquellas castas de caudillos y polícastros que han usufructuado de los presupuestos fiscales durante un siglo. Los apellidos de las *grandes familias* se repiten constantemente en nuestra historia política. Hemos soportado una verdadera dinastía gubernamental y todos sabemos que de cada cien fortunas, noventa y cinco son de origen fiscal, en el Perú.

Al cumplirse los cien años de la Batalla de Ayacucho, no debemos entregarnos a entusiasmos histéricos o a musulmana indiferencia sin habernos detenido en una minuciosa revisión de nuestra historia. ¿Hemos vivido verdaderamente una vida libre? ¿Constituimos realmente una República? ¿Al cabo de cien años hay en el Perú una democracia efectiva? ¿Cuáles son las condiciones económicas del país? ¿Cuáles son las condiciones de vida del pueblo? ¿Cuáles son las condiciones del indio? ¿Cuál es el grado de nuestra cultura popular? ¿Tenemos una historia política limpia?

A todas estas preguntas el pueblo, sólo el pueblo podrá responder mirándose a sí mismo. Cuando se le hable de libertad, vuelva los ojos a las prisiones, a los destierros, a los atropellos diarios de la fuerza;

cuando se le hable de República, piense en las desigualdades, en los favoritismos, en las castas opresoras, en los Presidentes que se reeligen; cuando se le hable de democracia, recuerde cómo se hacen las elecciones, cómo triunfan los diputados y senadores, cómo son nuestros partidos y si alguna vez un trabajador puede llegar a las Cámaras; cuando se le hable de nuestras condiciones económicas, no olvide que el Estado se halla ahogado por deudas enormes; que ha empeñado los ingresos de correos, aduana, etc.; que ha entregado a los yanquis petróleo, minas a los ingleses, ferrocarriles, huano, en fin, toda nuestra riqueza; cuando se pregunte por las condiciones de vida del pueblo, no olvide aquellas casas insalubres, aquel desaseo de ciudades y pueblos, la carestía de los víveres, los impuestos sobre fósforos, azúcar, tabaco, etc., y no olvide que tenemos millones de enfermos, de alcohólicos, de agotados, sin esperanza de salvación; cuando se hable del indio, ¿qué no podrá decir de esas víctimas de nuestro feudalismo? Esclavos sin derecho a la vida, animalizados por la explotación, viven y mueren sin un solo halago, y cada vez que protestan la metralla los diezma; cuando se le hable de nuestra cultura popular, respondamos con una cifra: cuatro millones de analfabetas; y cuando se pregunte por nuestra historia política, ya sabemos cómo definirla en tres palabras: negocio, traición, servilismo.

El pueblo, el trabajador de la ciudad y el campo, no pueden sentir la felicidad que proclamarán durante las próximas fiestas. Felicidad para los ricos, para los poderosos, para los que oprimen y explotan; pero dolor, angustia, infierno para el obrero, para el que suda sangre sin descanso, a beneficio de los que él enriquece con su trabajo. Así celebramos el Centenario de la Batalla de Ayacucho.

COMPAÑEROS:

La celebración del Centenario de Ayacucho se hará con el dinero del pueblo, con el dinero que paga el pobre todos los días en impuestos, contribuciones y multas. Sin embargo, esa celebración tendrá por objeto engañar al pueblo mismo. Se invocará el patriotismo, porque esa es la canción que adormece y sugiere a las masas; pero nosotros debemos lanzar con esta oportunidad una vigorosa imprecación contra la clase que oprime, contra la tiranía que mata y contra el imperialismo capitalista yanqui que maneja a los Gobiernos, apoya las represiones y aplaude los atropellos, porque todos los abusos favorecen la ferocidad de su explotación.

Debemos comprender que nuestra libertad política es una mentira porque soportamos el despotismo burgués-clerical más oprobioso; debemos ver claro que nuestra libertad económica como colectividad y como individuos es un mito. Estamos hipotecados al capitalismo yanqui, estamos hundidos en un mar de deudas y cada hombre, cada trabajador, paga con su trabajo algo de esa gran deuda. Esto todos lo comprendéis: ¿quién es el deudor? El Estado. ¿Quién